

las de Doblado y Parrodi, sin darles tiempo de reponerse del descalabro sufrido en Salamanca. Las de D. Manuel Doblado depusieron las armas en Romita, lugar inmediato á Silao, sometiéndose á reconocer el gobierno de México; y las del general Parrodi pudieron avanzar hasta S. Pedro, lugar que está á las puertas de Guadalajara, donde tambien celebró unos convenios, con los cuales el ejército del general Osollo, quedó absolutamente vencedor del de la coalicion de los Estados del centro.

Mientras esto pasaba fuera de Guadalajara, dentro de aquella plaza se habia pronunciado por el plan de Tacubaya, el coronel D. Carlos Landa; hombre valiente y humanitario, que pagó con su vida su generosidad, como veremos luego: él hizo prisioneros á D. Benito Juarez con sus ministros; y luego sin preever las consecuencias de ponerlo en libertad, lo dejó ir por el camino del Manzanillo donde se embarcó para ir á establecer su gobierno en Veracruz á donde llegó el 24 de Mayo. Al embarcarse D. Benito Juarez en Manzanillo, nombró á D. Santos Degollado general en gefe del ejército, dándole facultades amplísimas en todos los ramos, para que pudiera facilitarse el desempeño de su encargo.

La reaccion que se habia operado en México se hallaba triunfante en todos los Estados del centro: en el Oriente, aunque no con la misma velocidad, tambien conseguian algunos triunfos sus fuerzas mandadas por el general Echegaray, quien derrotó primero al general Trejo y despues al general La Llave, extendiendo su victoria hasta Orizaba: en Occidente, tambien caminaba con la misma fortuna material, porque á la ocupacion de Guadalajara, se siguió el reconocimiento del gobierno de México, por todo el territorio de Tepic y Sierra del Nayarit, donde ejercia un influjo grande D. Manuel Lozada, indio audaz y atrevido, sin ninguna instruccion, que mas tar-

de llegó á representar un papel importante que no supo desempeñar; pero en el Norte, no se caminó con el mismo buen éxito, pues Tampico volvió á quedar en poder de D. Juan José de la Garza gobernador de Tamaulipas, y las fuerzas de Nuevo Leon mandadas por D. Juan Zuazua habian avanzado hasta cerca de San Luis Potosí en los pueblos del Venado y la Hedionda.

Uno de los puntos que se pensó ocupar de preferencia despues de la ocupacion de Guadalajara, fué el Estado de Zacatecas para donde se mandó una columna al mando del general Miramon, quien despues de organizar el gobierno en aquel departamento dejándolo á cargo del Sr. Lic. D. Vicente Hoyos y la comandancia militar al valiente y digno general D. Antonio Manero, debia él ir á reforzar la plaza de S. Luis amagada por las fuerzas de Nuevo Leon.

Al hacerse esto en los primeros dias del mes de Abril de 1858, el gobernador de Zacatecas, que era entonces el Lic. D. José María Castro por renuncia que habia hecho D. Victoriano Zamora, abandonó la capital con las fuerzas que pudo reunir para irse á unir con Zuazua: Miramon llegó á Zacatecas el dia 11 de Abril; y dejándole á Manero el cuidado de organizar la administracion y una guarnicion de seiscientos hombres, salió en la madrugada del dia siguiente para S. Luis, en cuyo camino salieron las fuerzas de Zuazua, Zayas, Blanco, Aramberri y demas gefes de la frontera, para impedirle su paso, situándose en el ventajoso terreno del puerto de Carretas; pero á pesar de la inferioridad numérica del ejército del general Miramon, se abrió camino por entre los numerosos enemigos, debido á su génio militar, al valor de sus soldados y la pericia de sus gefes, entre los cuales se distinguió entonces mucho el coronel D. Eligio Ruelas.

Una vez que Miramon forzó aquel paso y que podia

llegar á S. Luis, conoció que dejando á su espalda á Manero sin medios de defensa en virtud de las numerosas fuerzas que lo podrian atacar, no podria resistir con buen éxito; y luego le libró orden para que se retirara salvando su fuerza y los elementos que pudiera. El extraordinario que llevaba esa orden tocó la Hacienda del Carro de la cual era director D. Rafael Carrera, hombre de muchas simpatías en todos aquellos lugares, por su carácter desprendido y benévolo para con toda clase de personas; y aunque sin conocimiento suyo tal vez, algunos dependientes aprisionaron al extraordinario de Miramon, falsificando la orden que se le dirigia al comandante de Zacatecas, diciéndole: que no abandonara la plaza y que se resistiera en ella, pues que se marchaba en su auxilio. Este engaño fué causa de todas las víctimas que hubo en el ataque de Zacatecas y de los bárbaros fusilamientos que allí se hicieron, lo cual vino á determinar el carácter sangriento con que se distinguió muy particularmente esa guerra. Pero las consecuencias de esto ni fueron previstas ni tomadas en consideracion; y como el hecho aunque malo, favorecia las miras de los gefes liberales, que para conseguir su fin nunca desechaban medio alguno por reprobado que fuese, no solo aplaudieron aquel engaño, sino que se recompensaron á los autores de ese crimen con empleos. Una de esas personas que fué D. Jesus Gómez Portugal, figuró mas tarde como gobernador de Aguascalientes.

Pronto se vió atacado el general Manero por mas de tres mil hombres, á los cuales se unió gran parte del pueblo de Zacatecas alucinado con aquella falsa promesa «sereis como dioses;» pues los que se decian sostenedores de la libertad, habian prometido á los pueblos la era venturosa de su completa felicidad, y el pueblo engañado con esa ilusion, corrió á prestar su cooperacion para el triunfo

de una causa que despues ha tenido que maldecir mil veces en vista de las calamidades que le ha echado encima, como resultado final de aquella felicidad mentida que se le prometia.

El general Manero que solo contaba con una fuerza de 600 á 700 hombres, sin provision alguna de parque, y en una plaza dominada por las innumerables alturas que la rodean, conoció que iba á sucumbir; pero la disciplina militar lo hizo defenderse, merced á la orden falsificada que recibió. Toda la mengua que cayó sobre los que reportan la sangre del general Manero, es gloria imperecedera para aquel héroe, que supo ofrecer en holocausto su vida, por la causa mas santa de la sociedad.

Con el fin de evitar desgracias en las familias, el general Manero avisó el dia 26 que al dia siguiente seria atacada la plaza que él tenia orden de defender, á fin de que pudieran salvarse de los estragos de la guerra los habitantes que pudieran salir de la Ciudad; y en efecto el dia siguiente á las nueve y media de la mañana, fué atacada la pequeña guarnicion, la cual con sus gefes á la cabeza, se defendió heroicamente hasta que fué quemado el último cartucho. Cuando á los defensores de la Ciudadela no le quedaba ni un solo tiro, se formó en columna y salió cargando á la bayoneta sobre sus enemigos; y aunque de pronto se abrió paso, tuvo al fin que sucumbir al peso del excesivo número de sus contrarios, quedando prisioneros los que no habian sido muertos en un combate que fué glorioso para los vencidos, y digno de preparar el primer sacrificio sangriento que se iba á consumir; pues era necesario que las víctimas que allí subian á las aras del holocausto, á mas de ser puras, fueran con sus frentes coronadas de la gloria con que las pudieran reconocer la posteridad.

El esfuerzo último de la Ciudadela tuvo lugar á las

nueve de la noche; y todavía el coronel D. Florentino Muñoz encargado de defender el cuartel de Sto. Domingo se sostuvo con 50 hombres que tenía á sus órdenes, por cuatro horas mas, hasta consumir el último tiro. Estando entonces la ciudad á merced de los vencedores, estos con el pueblo, como unas hordas salvages, cometieron mil excesos; y el feroz y sanginario Zuazua dió orden de fusilar á los enemigos que no supo vencer mientras tuvieron parque con que defenderse, y cuyo valor hubiera respetado cualquiera vencedor si hubiera sido noble. Apesar de los grandes empeños que se hicieron por varias personas, entre las cuales fueron muy notables D. Juan Manuel Eguren, mexicano, y D. Domingo Sescosse, frances, á quienes Zacatecas debió muchos servicios en toda aquella época de tribulacion y de angustia. Zuazua hizo ejecutar su orden sangrienta el dia 30 de Abril, en las personas del ilustre general Manero, de sus gefes Gallardo, Aduna, Drechi y el coronel D. Carlos Landa, el magnánimo y generoso soldado que en Guadalajara concedió la vida y la libertad á Juarez y sus ministros.

La gente sensata se horrorizó de aquel acto de barbarie, que solo fué aplaudido por el gobernador de Monterey D. Santiago Vidaurri, quien felicitaba á Zuazua en una carta que comenzaba con las palabras «Mi querido Juan» y que se hizo proverbial por los instintos bárbaros que animaban á los sostenedores de una causa cubierta de antemano con el anatema de toda la sociedad.

«No queráis juzgar para no ser juzgados, habia enseñado el Salvador del mundo, porque con la vara que midiereis, sereis medido.» D. Santiago Vidaurri murió mas tarde, siendo víctima de los mismos salvages sentimientos con que se ejecutaron los fusilamientos de Zacatecas: D. Juan Zuazua tuvo una muerte desgraciadísima en una

guerra local en Nuevo Leon; y el general Manero y sus compañeros, despues de morir como mueren los héroes cristianos, vivirán en la memoria de todos, mientras en el mundo haya corazones que sepan corresponder á los sentimientos generosos.

Despues del triunfo que los liberales tuvieron en Zacatecas, Zuazua salió á dirigir sus operaciones sobre San Luis Poto-í donde se hallaban los generales O-ollo y Miramon; y otras fuerzas al mando del general Blanco, tomaron el camino de Guadalajara llegando de paso á San Juan de los Lagos donde existe un famoso templo dedicado á la Santísima Virgen, el cual poseia una suma considerable en todos los objetos de plata dedicados para el culto y debidos á las limosnas de los fieles que anualmente concurren á la feria que allí se celebra el mes de Diciembre. Todos esos objetos fueron tomados por el general Blanco; y este fué el primer despojo de un templo católico, que despues fué seguido de muchísimos ejemplos en aquella guerra.

Con las fuerzas de la frontera que llevaba el general Blanco y las mas que pudo reunir D. Santos Degollado, se preparó para atacar la plaza de Guadalajara, por lo cual tuvo que salir en auxilio de aquella plaza el general Miramon con parte de las fuerzas que habia en San Luis Poto-í, quedando en ella el general Osollo, quien á causa de la mala amputacion que se le habia hecho en el brazo derecho por la herida que recibió en la batalla de la Magdalena, se agravó momentáneamente, y murió el 18 de Junio siendo su muerte sobremanera sensible; pues se consideraba con razon, que una persona de sus altas dotes militares y sus buenas cualidades personales dejaba un gran vacío en aquellas circunstancias.

A la vez que en Guadalajara resistian á Degollado, en Guanajuato se sufría tambien un ataque por las fuerzas

de Pueblita, siendō ambos rechazados: y entretanto el general Mejía atacaba á la plaza de Tampico, que tomó despues de haber derrotado á las fuerzas de D. Juan José de la Garza.

Como D. Santos Degollado al ser rechazado de Guadalajara retiró todas sus fuerzas, quedaba en aptitud de repetir otro ataque; y siendo aquella plaza de bastante importancia, el general Miramon, obrando ya como general en jefe del ejército por la muerte del general Osollo, determinó seguirlo, alcanzándolo en las barrancas de Atenquique, donde lo derrotó, desbaratando en gran parte su ejército y quitándole muchos elementos de guerra. Pero cuando tuvo este triunfo, ya por el Norte se volvía á poner en peligro la situación; pues la plaza de San Luis fué tomada por Zuazua el día 30 de Junio, no escaseando allí los fusilamientos ni las medidas violentas, en virtud de las cuales se hizo salir desterrado al Illmo. Sr. D. Pedro Barajas obispo de aquella Iglesia. Así fué, que el general Miramon pronto tuvo que retroceder de Guadalajara, para recobrar aquella plaza.

D. Santiago Vidaurri que habia tomado una parte tan activa en aquella guerra, habia salido de Monterey para ponerse al frente de sus fuerzas y obtener mayores ventajas estando en el centro de las operaciones, que creía todas tan favorables á su causa, como las de Zacatecas y San Luis: y al pasar cerca del mineral de Catorce, mandó llevar á la hacienda de Venegas á los españoles más ricos de aquel lugar, imponiéndoles un préstamo excesivo, que al fin sacó en su mayor parte amagando á los que debían darlo con la pena de expulsarlos del país, como en efecto lo hizo con los que se negaron á sus exigencias.

Con estos recursos y todos los que le proporcionaron los triunfos de sus fuerzas en Zacatecas y San Luis,

reunió un ejército numeroso con crecido material de guerra, pero no pareciéndole aquello bastante para resistir al general Miramon que se aproximaba, abandonó la Ciudad para tomar las fuertes y casi inaccesibles posiciones de los cerros de Ahualulco á donde lo fué á batir su joven y afortunado adversario, que libró allí una batalla el día 29 de Setiembre día en que la Iglesia celebra la festividad de San Miguel Arcangel, santo del nombre de aquel célebre caudillo. En esa batalla que fué tan gloriosa para el ejército del general Miramon se distinguió mucho por sus acertadas disposiciones, el general D. Leonardo Márquez; y por su valor y pericia los generales D. Tomás Mejía y D. Manuel Diaz de la Vega. El triunfo fué completo: todos cuantos elementos habia reanido allí D. Santiago Vidaurri, los perdió en las breves horas que duró la batalla; y retirándose él del campo con una pequeña escolta, dió cuenta de su derrota al gobernador de Zacatecas, que lo era aun el Lic. D. José María Castro.

Como segun el parte dado por el Sr. Vidaurri, se supuso que los vencedores marchaban sin pérdida de tiempo sobre Zacatecas, el gobernador que no era hombre apto para la guerra, dispuso salir en la misma noche del día 30 de Setiembre en cuyo día recibió la noticia del desastre que sus partidarios habian sufrido en Ahualulco. Estando ya en el camino, puso una comunicacion á la legislatura del Estado haciendo dimision del cargo de gobernador que recayó en el presidente de aquel cuerpo, el Lic. D. Francisco Javier de la Parra.

El nuevo gobernador duró unos cuantos dias, procurando reunir algunos elementos; pero teniendo dificultad para eso, y sabiendo que de S. Luis se movía sobre el Estado de su mardo el general D. Leonardo Márquez, abandonó la ciudad, que por medio de sus vecinos principales tomó las medidas necesarias para cuidar del

orden y de sus intereses, nombrándose jefe provisional y sin algun carácter político á D. Juan Manuel Eguren. Se estaba tratando de eso en una junta, cuando se presentó á ella D. Jesus Gonzalez Ortega diputado y el único funcionario que quedó en el lugar al abandonarlo el Lic. Parra; y por ser el único diputado presente, se consideró con la investidura de gobernador del Estado, que los particulares no le disputaron, porque aunque legalmente no lo fuera, su objeto no era mezclarse en los negocios políticos, ni habia otro funcionario que con mejor derecho se presentara á disputársela.

Aunque estos hechos pasaban, no con relacion á la política general del país, sino solo á la particular de un Estado, tienen el interes general de dar á conocer al Sr. Gonzalez Ortega, que para desgracia suya y del país, tuvo despues tanta parte en los acontecimientos generales en una posicion muy elevada, para la cual no tenia las cualidades necesaria; porque las buenas que pudiera tener, quedaban absolutamente opacadas por una ambicion desmedida, muy poco aplomo para pesar con justicia los hechos mas graves, el espíritu mas hostil á la Iglesia católica, bastante lijereza para todas las mas delicadas cuestiones, y un espíritu dominado del todo por el deseo de los placeres.

Hecho gobernador el Sr. Gonzalez Ortega, por su propia declaracion y el asentimiento pasivo de la ciudad, y careciendo de elementos para resistir al general Márquez que se aproximaba, sacó el dinero que pudo de la ciudad y casi sin fuerza alguna se retiró á los pueblos del cañon de Tlaltenango de donde era originario.

Mientras el general Miramon se preparaba para batir á las grandes fuerzas acaudilladas y obtenia el brillante triunfo de Ahualulco, pasaban dos hechos graves que va-

mos á referir, para hacer notar en seguida sus consecuencias.

El 9 de Setiembre se descubrió en México un complot que se formaba en una casa de la calle de la Pila Seca: no fueron descubiertos los autores y todos los comprometidos en aquella conjuracion; pero el número y clase de armas que allí se hallaron y el depósito de escalas cuerdas y otros varios objetos, dieron á conocer los instintos que movian á los conjurados, que vencidos en los campos de batalla en un combate leal y franco, recurrían á cuantos medios de exterminio puede sujerir una pasion innoble. Y en esos mismos dias, el general Blanco que ocupaba á Morelia, lo mismo que habia hecho en el Santuario de la Santísima Virgen en S. Juan de los Lagos, hizo en la rica Catedral de aquella ciudad: entró á saco en aquel templo, y lo despojó de toda su plata y alhajas, que importaban una suma muy considerable. El complot descubierto en la calle de la Pila Seca y el saqueo de los templos por las fuerzas federales le daban á la guerra un carácter terrible: no se respetaba por los defensores de la constitucion, ni lo mas sagrado que hay para el hombre sobre la tierra, ni se esquivaban medios para quitar la vida á enemigos que no podian vencer en los campos de batalla. Pero lo que mas llamó la atencion, fué que el general Blanco despues del robo de la Catedral de Morelia marchó de aquella ciudad con direccion á México; y aunque aparentó un ataque que fácilmente fué resistido, se dijo como una cosa muy comun, que el verdadero objeto de su ida era para depositar la plata robada en una casa puesta bajo la proteccion del pabellon americano. Esta notabilísima y grave circunstancia, no solo sirve para esplicar muchos de los hechos posteriores de esta guerra, sino tambien otros muchos hechos que tuvieron lugar mas tarde hasta determinar la interven-